



CAPÍTULO V

**Caridad del Párroco de Ars.—Su celo.—Su amor á los pobres
Su liberalidad.**

EL segundo mandamiento de la Ley, «Amarás á tu prójimo como á ti mismo,» era para el Párroco de Ars semejante al primero; porque sólo amaba á Dios en sus hermanos, y era consiguiendo que un amor tan puro de Dios produjese los prodigios que hemos visto. Cuando Nuestro Señor vive realmente en un corazón, le inspira los sentimientos de puro y ardiente celo en pro de las almas, hasta en las relaciones más sencillas de la amistad y de la cortesía. La benevolencia para con todo el mundo, sin acepción de personas, era su sentimiento habitual; pero no esa benevolencia superficial que puede afectarse por cálculo, y practicarse hasta con elogio de todos, sino la que procede de la caridad perfecta y se traduce por actos del más puro sacrificio. Aquella alma tan generosa y tan fiel no se desanimaba por los defectos y miserias del prójimo; sabía disimularlas, explicarlas y atenuarlas, esperando y trabajando por su corrección ó enmienda, y contando siempre con los recursos inagotables de la divina misericordia.

La incesante solicitud con que el Beato Vianney atendía á las necesidades espirituales y temporales del prójimo, nada le quitaba del recogimiento, de la pureza de intención, ni de la constante preferencia con que en todo se consagraba al único negocio necesario. Era una aplicación de la divina caridad, que, uniendo el hombre á Dios, le hace superior á todo sacrificio. Sólo así puede explicarse el que un hombre renuncie por espacio de cuarenta años, y sin compensación, á su bienestar, su salud, sus gustos y su libertad.

La noche, que para todos es siempre tiempo de reposo, era para el santo Párroco momento de terrible lucha contra las penas del espíritu y contra los sufrimientos del cuerpo. Muchas veces ha confesado que apenas dormía una hora de sueño tranquilo y reparador. Había pedido á Dios sufrir de día por la conversión de los pecadores, y de noche por las almas del Purgatorio, concediéndole Dios esta gracia con largueza. La calentura le abrasaba sobre su pobre cama; la tos, que le desgarraba el pecho, no le dejaba un momento; se levantaba de cuarto en cuarto de hora, rendido de fatiga y bañado en sudor, para ver si fuera de la cama hallaba algún alivio en su prolongado martirio; y cuando el dolor comenzaba á calmarse, efecto de su misma intensidad, y se presentaba el sueño, venía la hora en que ese pobre viejo septuagenario, por un esfuerzo heroico que renovaba todos los días, dejaba su reposo antes de haberlo gustado, y se consagraba alegremente á su largo y rudo trabajo.

Tan débil estaba entonces y tan lleno de dolores, que tenía que andar de silla en silla, cayendo á ve-

ces sobre sus muebles. ¿Qué hombre en su caso no hubiese cedido á la tentación de estar en la cama algunos momentos más? El Párroco de Ars jamás tuvo esa tentación: le esperaban á su puerta almas, víctimas del pecado, y que suspiraban por la santa y gloriosa libertad de los hijos de Dios. El amor de esas almas, la sed de su salvación, le hacían ligeros todos los sacrificios. Íbase arrastrando como podía, seguro de que, una vez en su confesonario, el buen Maestro á quien servía, y que da siempre fuerzas proporcionadas al trabajo, le concedería las necesarias para terminar la tarea del día y continuar su sacrificio al día siguiente.

Es imposible comprender el ardiente amor que el santo Párroco tenía á las almas. Lloraba continuamente su perdición, y le hemos oído repetir muchas veces, con el corazón penetrado de dolor: «¿No es grandísima compasión que se pierdan eternamente unas almas que tantos sufrimientos han costado á Nuestro Señor?» Daba gracias á Dios por haber concedido á su Hijo y á la Santísima Virgen un corazón tan bueno y tan amante de los pobres pecadores. En sus diversas fundaciones de Misas ha dado á estos pobrecitos una gran parte de sus frutos, y recomendaba además de modo especial la oración por ellos á fin de que su endurecimiento no hiciese inútil la Pasión y muerte de nuestro adorable Redentor.

Quejábale un Cura de no poder cambiar el corazón de sus feligreses, por más que hacía para conseguirlo de Dios. He aquí la contestación que le dió: «Habéis orado y llorado, gemido y suspirado; pero ¿habéis ayunado? ¿Habéis dormido sobre el suelo? ¿Habéis usado de la disciplina? Pues mientras no ha-

»gáis eso, podéis creer que no lo habéis hecho todo.»

«Señor Párroco, le decía un día uno de sus Misioneros: si Dios os propusiese subir al Cielo en este momento, ó quedar sobre la tierra para trabajar en la conversión de los pecadores, ¿qué haríais?—Creo, amigo mío, que elegiría quedarme para trabajar.— ¡Oh, señor Párroco! ¿Es posible? Los Santos son felices en el Cielo, están seguros de su felicidad, y allí no hay tentaciones ni miserias.»

El santo Párroco respondió con angélica sonrisa: «Es verdad; pero los Santos comen de sus rentas. Han trabajado bien, porque Dios castiga la pereza y sólo recompensa el trabajo; mas ya no pueden, como nosotros, glorificar á Dios con los sacrificios que hagamos por salvar las almas.—¿Y estaríais sobre la tierra en esa ocupación hasta el fin del mundo?—Sí, con mucho gusto de mi alma.—En ese caso, teniendo tanto tiempo de qué disponer, ¿os levantaríais tan temprano como ahora?—¡Sí, me levantaría á media noche!... Yo no temo el trabajo, y sería el más feliz de los hombres, si no me asaltase el pensamiento de que ha de llegar un día en que será necesario comparecer ante el Tribunal de Dios con *mi pobre vida de párroco.*» Y al decir esto, gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

Después de los pecadores, los que ocupaban un lugar preferente en el corazón del venerable Vianney eran los pobres. Los amaba porque Jesús les había amado y honrado, y porque comprendía que, no hallando sobre la tierra más que privaciones, trabajos y desprecios de todo género, tenían más necesidad de ser atendidos, honrados y consolados. A medida que se aumentaban en su rededor los necesitados, y

según el número de los que recurrían á él, así crecían sus poderosos recursos en beneficio de los indigentes, enfermos, afligidos, perseguidos y desgraciados de toda clase y condición: dispensaba más beneficios y bondades que un Rey. Su caridad no se limitaba al alivio de la miseria que se muestra á la vista de todos, sino de la que se oculta. Sabía que hay infortunios tímidos, que se cubren bajo el velo de un bienestar aparente; conocía la amargura de los dolores y lágrimas que nadie conoce, y con solicitud generosa procuraba penetrar, sin faltar á la delicadeza, el secreto de la pobreza que se avergüenza de sí misma, para remediarla con largueza.

Para satisfacer el santo Párroco la necesidad de dar, no vacilaba jamás en vender unos tras otros sus pobres muebles á personas que se los pagaban muy generosamente. También vendió á precios altos zapatos sin servicio, sotanas y sobrepellices viejas, cuando no tenía otro medio de socorrer á los pobres. Estos rasgos tan singulares de beneficencia daban pie á sus compañeros para alegres y piadosas bromas, que solía él interrumpir cuando se prolongaban demasiado. «Como yo tenga dinero para dar á mis pobres, poco importa todo lo demás.» Lo cierto es que, si se hubiese dejado la ropa á disposición suya, más de una vez no hubiera tenido con qué mudarse.

Al salir un día de la *Providencia*, se le acerca un pobre y le pide limosna: nota que el mendigo está descalzo y con los pies ensangrentados. Quitase el Párroco sus zapatos y sus medias, se los da al pobre, y se fué á casa como pudo, bajando la sotana para ocultar la desnudez de sus pies. Otro día se le aproximó un pobre en ocasión que nada llevaba, fuera de

su pañuelo, y se lo dió al pobre, diciendo: «Toma, hijo; siento no tener otra cosa mejor que darte.»

Después ya procuraba llevar siempre una cantidad de dinero para dar limosna, y más de una vez, arrepentido de no haber dado con bastante largueza, buscaba á los pobres por la población para darles más.

Habiéndose introducido un ladrón en su casa, cogió algunos cubiertos de estaño que estaban en un cajón; y, pasando á la despensa, comenzó á coger panes destinados á los huérfanos de la *Providencia*. Sorprendióle entonces el Párroco, y le dijo: «¿Qué haces ahí, amigo mío?—Tenía hambre, señor Párroco.» Y le dió una abundante limosna, añadiendo: «Toma y márchate, y ponte pronto en seguro, no sea que caigas en manos de los gendarmes.» Decía esto porque había visto en manos del ladrón parte de su *vajilla de plata*, como él decía. Una mujer le robó en otra ocasión 900 francos, y, sabiendo que la buscaban los gendarmes, fué á prevenirla para que se ocultase; y á un ladrón habitual le señaló una pensión para que no robase en adelante.

La limosna ha recibido de Dios la singular propiedad de aumentar los bienes del que la da: la mano izquierda recobra con creces lo que se da con la derecha. Así, el Océano recibe todas las aguas de la tierra, porque las da él antes al Cielo; y el corazón y las manos del Párroco de Ars eran como el Océano. Este pobre sacerdote, tan pobre que nada tenía, según él, más que pecados, enriquecía con sus larguezas á todos los que se le acercaban. El oro y la plata llegaban de Francia, de Bélgica, de Inglaterra y Alemania por mil canales invisibles; y bastábale que-

rer positivamente una cosa para obtener en seguida cuanto necesitaba, con el fin de acabar una obra ó una fundación. Ha recibido muchas veces sumas considerables, cuya procedencia ha sido siempre un secreto impenetrable.

Algunas veces parecía que la fuente iba á agotarse, y entonces el santo Párroco se ponía á orar hasta romper la cabeza, como él decía, de los Santos sus amigos, y el misterioso manantial comenzaba á correr. Hallaba dinero sobre su mesa, en sus cajones, en sus bolsillos, y hasta en las cenizas de su hogar. El venerable Párroco había hecho tesorero y protector de sus obras al gran mundo, que él no había buscado, pero que venía á Ars guiado por un atractivo inexplicable. Se creía feliz al proporcionar á los ricos ocasión de enriquecerse más, dando á Jesucristo en sus pobres. Así es cómo llegó á cubrir todo el país de beneficios. La lista de sus fundaciones sería interminable, y esto no contando el número casi infinito de buenas obras practicadas por espacio de veinte años, y totalmente desconocidas.

En la visita que nos hizo un día, después de comer, al presbítero Foccanier y á mí, le hallamos más alegre que de costumbre. Ya durante el Catecismo me había llamado la atención su aire de satisfacción. Creo fué el único día en que no le vi llorar, y en verdad que tenía motivo para no estar triste.

«Señor Párroco, le dije, hoy estáis rebosando de alegría.—Es verdad, amigo mío; al menos estoy contento. He descubierto esta mañana que soy rico con la suma de 200.000 francos. Y lo mejor del caso es que ese capital está ya colocado á grandes réditos sobre la banca más sólida del universo. He prestado

«mi dinero á las tres personas más ricas que podéis imaginar.»

No comprendimos en el momento este enigma; mas preguntamos al hermano Jerónimo su explicación, y por toda respuesta nos presentó el registro de las fundaciones, y sólo para la obra de las misiones decenales en la diócesis se elevaba el préstamo á 200.000 francos.

En el año de 1848 creyó conveniente el Párroco de Ars fundar una escuela gratuita para los niños del pueblo. Manifestó su pensamiento al vecindario, y éste respondió al llamamiento con donativos que, unidos al producto de la enajenación de una renta que poseía el venerable Párroco, completaron el capital de 20.000 francos, necesarios para la fundación, confiando el nuevo establecimiento á los hermanos de la Sagrada Familia de Belley. Dios bendijo esta obra, y desde entonces no ha cesado de crecer y prosperar: la humilde escuela es hoy un pensionado floreciente, que aman y veneran todos los habitantes de Ars por los grandes beneficios que resultan á la juventud del país.

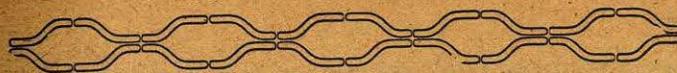
El Párroco de Ars ha fundado además 1.000 Misas anuales, lo que representa un capital de 40.000 francos: el dinero no hacía más que pasar por su mano, sin detenerse jamás. Sólo Dios ha podido contar las cantidades distribuidas con su derecha, y que siempre ignoró la mano izquierda.

Tal era su inclinación á deshacerse de todo, que tuvo necesidad de tomar algunas precauciones contra sí mismo, á fin de conservar la limosna de sus Misas. Este depósito fué confiado por mucho tiempo á una viuda de toda su confianza, y la decía: «Claudi-

»na, os confío este dinero, guardadlo bien; pero sobre
»todo, desconfiad del Párroco de Ars; si os lo pide,
»negádselo absolutamente.»

Un sacerdote que estaba concluyendo cierta iglesia, viéndose apurado de recursos para continuar la obra, le dijo un día: «Señor Párroco, enseñadme vuestro secreto; muy útil me sería para no dejar incompleta la construcción de mi pobre iglesia.—Amigo mío, le dijo el santo Párroco, mi secreto es bien sencillo; vedlo aquí: *Darlo todo y no guardar nada.*»

El hábito que el siervo de Dios tenía de considerar todas las cosas desde el punto de vista de la fe, era causa de que en sus liberalidades gozase de una manera indecible con el pensamiento de la mala partida que jugaba al diablo, su mortal enemigo. «El diablo, decía, está furioso, por ver que con el mismo dinero de que él se vale para corromper y perder almas, nosotros logramos la salvación de ellas.»



CAPITULO VI

Humildad del Párroco de Ars.—Su pobreza.

RÉSTANOS hablar de las tres virtudes que más han brillado en el Párroco de Ars; pues aunque toda su vida, según venimos refiriendo, fué una práctica constante de humildad, pobreza y mortificación, creemos necesario, antes de terminar nuestro trabajo, hacer resaltar esos rasgos característicos de la fisonomía de nuestro santo.

Para quien no conociese al Párroco de Ars, al oír narrar las cosas maravillosas que se verificaban á su rededor, y que le merecian las ovaciones de la multitud, era natural suponer que, en esa atmósfera de gloria que le rodeaba, habría de serle el orgullo, si no un lazo, al menos una tentación. En cierto día le indicamos esta idea: nos comprendió, y, levantando los ojos al cielo con expresión de tristeza, dijo: «¡Oh, amigo mío! decid más bien qué puedo hacer para resistir á la tentación de temor, de desaliento y á veces de desesperación.»

El recogimiento, la vigilancia y la unión con Dios le preservaban de toda presunción y vanagloria, en